



CIBERESPACIO COMO *ESPACIO-OTRO*

Patricia Manna

CIBERESPACIO COMO *ESPACIO-OTRO*

Resumen: ¿dónde estamos ubicados cuando navegamos por el ciberespacio? La inquietud intelectual por responder a esta pregunta nos lleva a una lúdica reflexión acerca del ciberespacio y su (des) localización. Cristalizado en el presente artículo titulado, *Ciberespacio como espacio-otro*, creemos que, aún con la carencia de referentes físicos y territoriales, es posible pensar la ubicación del ciberespacio en relación a la noción foucaultiana de *heterotopía*, esos espacios-otros, lugares sin territorio en donde la localización ya no depende de la presencia física. En esta situación, la idea de des-ubicación se torna pertinente a nuestros fines por lo que abordamos previamente las nociones de *no lugar* de Marc Augé; y de *espacio de en medio* de Jesús Martín Barbero.

Palabras clave: ciberespacio, no lugar, espacio de en medio, heterotopía.

CYBERSPACE AS *OTHER-SPACE*

Abstract: Where are we located when we surf along the cyberspace? The intellectual worry to answer these questions takes us to a playful reflection on cyberspace and its (dis) location. Crystallized in the present article whose title is *Cyberspace as other-space*, we believe that even with the lack of physical and territorial referents, it is possible to think its location in relation to Foucault's notion of *heterotopia*, these other-spaces, places without territory where the location does not depend on the physical presence. In this situation, the idea of dis-location becomes pertinent to our purposes for what we approach before the notions of Marc Augé's *not place*, and Jesús M. Barbero's *space of in the middle*.

Key words: cyberspace, no place, space of in the middle, heterotopia.

Fecha de recepción: diciembre 22 de 2009

Fecha de aceptación: abril 12 de 2010

Patricia Manna: Licenciada en Filosofía por la Universidad Nacional de Córdoba (Argentina); diplomada en Estudios Avanzados por la Universidad del País Vasco (España); doctoranda por la Universidad del País Vasco: programa "Filosofía, Ciencia, Tecnología, Sociedad". Docente cátedra de Teoría del Conocimiento de la Escuela de Filosofía de la Universidad Nacional de Córdoba (2009-2010), Argentina.

Correo electrónico: patriciamanna@hotmail.com

CIBERESPACIO COMO *ESPACIO-OTRO*

Nos desplazamos sin movernos un solo paso
Michel Serres (1995:12)

INTRODUCCIÓN

A partir de las últimas décadas del siglo pasado las innovaciones tecnológicas se han encaminado, de manera particular, en dirección al desarrollo informático han generado nuevas realidades y una nueva constelación de significaciones. Una de ellas es la creación del ciberespacio. Considerándose como resultado de un proceso sociotécnico y relacional, en este sentido, no hay a priori tecnológico y, por ende, se descartan determinismos puesto que la co-existencia de factores técnicos y no técnicos descarta la primacía de alguno de ellos así como también la necesidad de una relación causal. Esta breve aclaración resulta necesaria pues conforma el telón de fondo teórico que guiará el presente trabajo y al que no volveremos a aludir [Véase S. Aronowitz et. al. (1998), L.Olivé (2000), M.A. Quintanilla (2002)]. El ciberespacio, también llamado espacio virtual, se entiende como un nuevo espacio social reticular conformado por la interrelación procesual de nodos tanto técnicos como socioculturales que co-constituyen su estructura básica. La interconexión de nodos permite coordinar acciones a distancia de manera instantánea, que originan posibilidades de acciones complejas e impensables hace apenas algunas décadas atrás (Castells, 2001).

En ese nuevo espacio social, cuyo soporte tecnológico está basado en las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, es posible llevar a cabo acciones (aunque no todas) con el mismo sentido de significatividad y efectividad con que se lo hace en el mundo considerado real. De modo que hoy podemos continuar desarrollando vínculos sociales más allá de la dimensión territorial pero con la peculiaridad que lo hacemos en tiempo real (Bermúdez y Martínez, 2001). Los adverbios de lugar como “aquí” y “allí” pierden importancia cuando la simultaneidad en el ciberespacio nos permite interactuar con una alteridad lejana geográficamente. Esto significa que muchas de las categorías analíticas y

dicotómicas a las que estábamos acostumbrados ya no son útiles para abordar la realidad, pues la virtualidad, que no significa irreal, posibilita la desterritorialización de modo que las formas de percibir el tiempo y el espacio cambian, como así también la manera como nos relacionamos.

Así, nuestra percepción parmenídea de la realidad basada en elementos fijos, estables y únicos se va transformando en aspectos cambiantes y relacionales, que crean nuevas posibilidades de interacción social en un espacio inmaterial y desterritorializado, con una topografía propia que no necesita de referentes geográficos ni territoriales y, aún así, no se pierde la orientación. En este sentido, el ciberespacio juega un importante papel en el proceso de construcción social.

La complejidad de una nueva espacialidad no implica la des-espacialización sino que se trata de la constitución de una espacialidad diferente. En este estado, la pregunta ¿Dónde estamos cuando nos encontramos en el ciberespacio? aparece como una consecuencia inmediata.

En la estela de este cuestionamiento se encuentra el tratamiento del presente trabajo. Nuestra tesis es que partiendo de la imposibilidad de ubicar en algún lugar el ciberespacio, y al entender por ubicar, la recurrencia a referentes geográficos y territoriales, sin embargo es posible pensar la ubicación en relación a la noción de *heterotopía* de Michel Foucault, esos *espacios-otros*, lugares sin territorio.

Para ello, reflexionaremos previamente sobre las nociones de lugar y no lugar desde una mirada antropológica, y dejaremos seducir por las consideraciones del pensador francés Marc Augé. Seguidamente, y considerando que entre el lugar y el no lugar hay espacios intermedios, reflexionaremos también sobre la idea de *espacios de en medio* de Jesús Martín Barbero. Pero como todas esas nociones necesitan de la territorialidad para efectivizarse, resultan fútiles al pensar el lugar del ciberespacio. En este entramado que se llevará a cabo el desenlace de nuestro trabajo pues, finalmente, abordaremos la noción de heterotopía de Michel Foucault que nos brinda el sostén conceptual apropiado para pensar el *no-lugar del ciberespacio*.

1. LOCALIZACIÓN Y DES-LOCALIZACIÓN DEL CIBERESPACIO. UNA APROXIMACIÓN

“¿Dónde estoy?” Así comienza el artículo de Langdon Winner titulado *Viviendo en el espacio electrónico* (1989: 75). Situados en el mundo físico y geográfico, la respuesta parece simple: mirar a nuestro alrededor, preguntar a algún transeúnte, consultar un mapa, identificar un sonido, captar ciertos olores. En fin, buscar puntos de referencia físicos, materiales y sensoriales para nuestra localización

espacial y corpórea pues éstos son primordiales para la interacción social. En otras palabras, responder por *¿Dónde estoy?* implica –simplemente– identificar las características físicas y geográficas del lugar donde estamos, aun cuando nunca lo hayamos visto antes; implica estar física y materialmente en un lugar.

Siguiendo este razonamiento, uno podría suponer que, si el lugar que intenta dar respuesta a la pregunta inicial *¿Dónde estoy?* adolece de tales características físicas y geográficas, pero aún así me hago la pregunta (por lo tanto, en algún lugar estoy), –salvo que la pregunta *¿dónde estoy?* sea el producto de un cerebro en una cubeta conectado a una computadora que me hace creer mi propia existencia y la del mundo externo, todo el tiempo (Ver J. Dancy, 1993: 24). O el producto del genio maligno cartesiano que me engaña al hacerme creer que el mundo externo y mi propio cuerpo son una ilusión [Ver la Meditación Primera de R. Descartes (1980: 120)]. Pero nuestro trabajo no intenta responder a una problemática de la teoría del conocimiento. En este sentido, no dudamos de la realidad de nuestra existencia ni de la del mundo externo– entonces no se trataría de un lugar sino de un no-lugar. En este sentido, el espacio virtual que carece de tales características, ¿Es un no lugar? Y por lo tanto, ¿Está des-localizado?

Si tenemos en cuenta los desarrollos innovadores de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación que surgieron en las últimas décadas del siglo pasado, la simpleza en la respuesta a: *¿Dónde estamos* cuando llevamos a cabo interacciones sociales en el espacio virtual? Se desvanece pues es evidente que la búsqueda de los puntos de referencia geográficos y sensitivos se vuelve estéril como para responder la pregunta por el *¿dónde estoy?* La localización territorial y la identificación topográfica, en cierto sentido pierden importancia en favor de la sola interacción, caracterizada ésta por la palabra escrita y oral, mediada por computadora, y por ende, incorpórea e intangible –por ahora–. Y pierden importancia porque cualquiera sea el lugar físico donde se está, la interacción acontece igual. De manera que la necesidad de localizar lugares en el ciberespacio se vuelve irrelevante para la interacción social.

Sin embargo, una necesidad de tipo intelectual inquieta nuestro pensamiento en dirección de una inevitable reflexión acerca de la (des) localización del ciberespacio, pues consideramos que el espacio virtual no es un no-lugar, aún cuando no se lo pueda localizar. Veamos entonces qué significado tienen estas nociones: no lugar y des-localización.

2. EL CIBERESPACIO COMO NO LUGAR

Son muchas y variadas las disciplinas que estudian los lugares y los espacios. La física, la astronomía, la geografía, la historia, la antropología. Esta última ha abordado también la noción de no lugar. En este siglo, el antropólogo francés

Marc Augé (2005) ha llevado a cabo un estudio de los no lugares como productos específicos de nuestra época que él caracteriza como sobremodernidad, a partir del cual la noción de espacio debe ser nuevamente pensada. Veámoslo sintéticamente.

Tradicionalmente, para la ciencia antropológica el lugar estaba asociado a la localización (de culturas) en términos de tiempo y espacio euclidianamente considerados. La organización del espacio y su constitución en lugares era necesaria para la conformación de la identidad, tanto individual como grupal. Marc Augé (2005) se refiere a *itinerarios*, *encrucijadas* y *centros* como elementos geográficos indispensables para la constitución del espacio social, tanto para el mundo tradicional como para el contemporáneo. Se trata de elementos configuradores de lugares y de sentido. Explicados de manera muy breve, los *itinerarios* implican los caminos contruidos por los seres humanos para conectar diferentes lugares. Por su parte, las *encrucijadas* son los lugares donde la gente se encuentra y se cruza e implica el ocio como así también el intercambio económico. Por último, los *centros* aluden a los monumentos de índole diversa como políticos, religiosos y económicos, que marcan límites o fronteras en relación a la alteridad. Estas diferentes formas que se superponen parcialmente, sobre todo en los espacios urbanos contemporáneos, se concretan en y por el tiempo.

De manera que los lugares, considerados espacios indispensables en cuanto son constitutivos de identidades y de historia de los individuos y comunidades, son catalogados por Augé como *lugares de memoria* (2005: 83). Espacios exclusivamente antropológicos. En este mismo sentido y por contraposición, los espacios que carecen de elementos apropiados para la conformación de identidad y de historia son definidos por el pensador francés como *no lugares*, o sea, espacios instantáneos con historias fugaces y evanescentes. Así, nuestra época actual, que él define como “sobremodernidad” —consecuencia de la sobreabundancia de acontecimientos, de espacios y de individuación— es productora de *no lugares*, esto es, de espacios provisionales y efímeros que se cristalizan en:

Las vías aéreas, ferroviarias, las autopistas y los habitáculos móviles llamados “medios de transporte” (aviones, trenes, automóviles), los aeropuertos y las estaciones ferroviarias, las estaciones aeroespaciales, las grandes cadenas hoteleras, los parques de recreo, los supermercados, la madeja compleja, en fin, de las redes de cables o sin hilos que movilizan el espacio extraterrestre a los fines de una comunicación tan extraña que a menudo no pone en contacto al individuo más que con otra imagen de sí mismo (Augé, 2005: 84-85).

Aunque sucinto, de ello se deduce que el antropólogo francés opone el lugar al espacio como no lugar. Pero éste no significa vacío; más aún, no se trata de una superficie no simbolizada. Significa extensión indiferenciada que se aplica tanto con la distancia como con el tiempo. En este sentido, en el espacio del no lugar

todo es actualidad de manera que la historia sólo interesa como espectáculo o entretenimiento al que hay que visitar como una rara curiosidad.

Este espacio del no lugar también genera interacción entre individuos, aunque de manera diferente a la que se produce en los lugares. En el contexto del no lugar, las relaciones entre los individuos se reconstituyen; su modo de vinculación con su entorno es a través de las palabras y los textos, de manera que la interacción ocurre a través de los textos-soportes tales como carteles, pantallas, afiches, interpelaciones electrónicas (Augé, 2005).

Sin embargo, en la vida concreta (actual) los lugares y no lugares se interpenetran y no existen en estados puros. En este sentido, el autor subraya que la posibilidad del no lugar está siempre presente en cualquier lugar y la necesidad de volver al lugar es también una necesidad para los usuarios que frecuentan el no lugar. “El no lugar es lo contrario de la utopía: existe y no postula ninguna sociedad orgánica” (Augé, 2005: 114).

Es decir, para Augé –y esto es importante a los fines de nuestro trabajo– tanto el lugar como el no lugar son espacios. Uno es vital para la constitución de nuestra historia y nuestra identidad, configurador de *lugar de memoria*; el otro, exclusivo de nuestra época actual caracterizada por los excesos, es el “fuera de lugar” que frecuenta el individuo de la sobremodernidad. Configurador de lo anónimo, en el no lugar predomina la instantaneidad y lo pasajero. Ambos, lugar y no lugar, co-existen en nuestras sociedades occidentales, uno en la necesidad, el otro en la inevitabilidad. Ambos necesitan de la topografía. De manera que el lugar y el no lugar ofrecen experiencias espaciales diferentes pero ambas focalizadas y determinadas por espacios topográficos.

Por ello el no lugar de Augé no es el “lugar” del espacio virtual pues en el no lugar la pregunta por el *¿Dónde estoy?* tiene respuesta precisa, y recurrimos para ello –otra vez– a la identificación de los accidentes y particularidades del mundo físico y geográfico, incluso cuando la estancia en el no lugar sea pasajera.

3. EL CIBERESPACIO COMO ESPACIO DE EN MEDIO

Las experiencias del espacio también han sido abordadas por Jesús Martín Barbero (2006) pero con una peculiaridad que se acerca a nuestra necesidad intelectual de localizar el ciberespacio. El autor no habla de no lugar pero sí de des-ubicación. Aludiendo a las experiencias espaciales, señala que la relación de los cuerpos y los objetos en el espacio, esto es, su modo de ubicación, no siempre acontece en lugares determinados. Es decir, la lejanía y la cercanía de algún objeto, de algún cuerpo no siempre están ubicados en lugares geográficos

o territoriales determinados, no siempre están aquí o allá de manera absoluta o precisa. En este sentido, y esto es lo importante, el autor habla de des-ubicación como un “modo de estar” que soslaya las características geográficas y territoriales. Veámoslo sucintamente.

Basado en la idea foucaultiana de *emplazamiento*, esto es, el entretelado de una especie de red en donde lo lejano y lo cercano no están ubicados topográficamente, o mejor, están des-ubicados para usar su propia terminología; Martín Barbero señala que en las experiencias espaciales anteriores los modos de ubicación estuvieron regidos por dualismos tradicionales como el estar en un lugar o en otro, adentro o afuera, arriba o abajo. El autor propone –siguiendo las reflexiones de Michael Serres (1995)– salir de este binarismo propio del racionalismo occidental, mediante las nociones del *entre* en terminología del autor francés, el *espacio de en medio* en terminología del autor español, a fin de comprender aquello que no hacen los parámetros dualistas. En palabras de Martín Barbero:

Romper con la visión aún imperante que opone dualísticamente la territorialidad a la espacialidad introduciendo el debate sobre nuevos modos de pensar las relaciones entre espacios y territorios en plural ... Y ello mediante una elaboración teórica que conlleve el señalamiento de los procesos claves que nos des-ubican desafiando la percepción, la sensorialidad y la racionalidad desde las que aquel dualismo aparecía como horizonte unificado –y unificador– de la experiencia y del conocimiento (2006: 17).

Es decir, hay objetos, cuerpos y situaciones que no están ni arriba ni abajo, ni adentro ni afuera, ni aquí ni allá; no están localizados geográficamente, no están ubicados según esos mismos parámetros; de modo que están, en ese mismo sentido, des-localizados o des-ubicados y hasta re-ubicados.

Así, el *espacio de en medio* no es la posición (en sentido aristotélico) ni la extensión (en sentido cartesiano); ni tampoco implica lo central o lo equidistante. Por el contrario, es el lugar sin posición; es el entretelado, el espacio constituido por redes que emerge de entre diversos lugares, y constituye mundos. Aquí Martín Barbero alude a los inmigrantes quienes, desde una visión dualista que él no comparte, no están ni en su territorio ni en el espacio sideral. Al habitar un nuevo lugar son desplazados y en este sentido, son des-ubicados. Pero al mismo tiempo, al habitar una nueva espacialidad, coadyuvados por la interacción, están re-ubicados. En una línea de reflexión similar, Moraes Mena alude a la importancia del ciberespacio como medio y contexto que permite a los inmigrantes “reterritorializar” el espacio desterritorializado. A través del contacto en línea los usuarios inmigrantes intentan darle un sentido territorial al ciberespacio motivados por el deseo de que ese contacto en línea se convierta en un encuentro cara a cara (Moraes, 2005).

El *espacio de en medio* es similar a lo que Michael de Certeau (1980) llamó el *espacio practicado* que no es el territorio sino el espacio usado por los ciudadanos cuando caminan, recorren y usan la ciudad; y al hacerlo construyen una ciudad habitada, practicada, experimentada, distinta a la ciudad arquitectónica. Es decir, el espacio practicado es el lugar de la experiencia, de la relación con el mundo. En esta misma dirección, el sociólogo español Luis Castro Nogueira (1997) diferencia entre *espacio urbano* y *espacio social*. El primero es el espacio euclidiano y alude a la materialidad física del espacio. Mientras que el espacio social es un espacio de n-dimensiones que traspasa las barreras de ser considerado como algo fijo, estático o único, de modo que hay transformaciones radicales del espacio social que son independientes del espacio urbano.

De acuerdo con lo anterior, las nociones de *espacio de en medio*, de *entre* nos acercan a nuestra búsqueda, a esa necesidad de (des) localización del espacio virtual. En este derrotero, la pregunta ¿Dónde estoy? que tiene lugar cuando navegamos en el ciberespacio implica des-localización, es decir, implica no estar ni aquí, ni allá, o mejor aquí “y” allá; y en este sentido, estamos *des-ubicados*. El espacio virtual, en cuanto flujo de información, *podría* pensarse como ese *espacio de en medio*, ese *entre*, porque alude a la espacialidad antilineal que teje las redes de las que emergen espacios diversos y diferentes, que no están ni aquí ni allá.

Sin embargo, el *espacio de en medio* de Martín Barbero, si bien implica des-localización o des-ubicación éste no acontece en el vacío, de manera que necesita de las territorialidades para des-ubicar las nuevas experiencias espaciales. Siguiendo esta línea de reflexión, el espacio virtual, si bien des-localizado o des-ubicado –ya que no está aquí ni allá–, adolece, por principio, de las territorialidades que sirven de soporte a las experiencias espaciales que allí tienen lugar. En otras palabras, si bien la noción de *espacio de en medio* nos aproxima conceptualmente a la reflexión acerca de la des-localización del ciberespacio, no obstante dicha noción no termina de encajar pues nos está sobrando la territorialidad.

Esta experiencia de des-ubicación también fue pensada por Michael Foucault (1999) mediante su noción de *heterotopía*, esos diversos *lugares-otros* a veces denominados por el autor *contra-emplazamiento*, donde me localizo desde donde no estoy, y desde donde es posible cuestionar el lugar donde estoy. Entonces, veamos detenidamente este concepto foucaultiano de *heterotopía* pues nos da el andamiaje teórico para ensamblarlo con la necesidad conceptual de ubicación del ciberespacio.

4. LOS ESPACIOS-OTROS DE MICHEL FOUCAULT

En el artículo *Espacios Otros* escrito por Michel Foucault (1999) en 1967* en Túnez, el autor –aludiendo a las experiencias espaciales (en occidente)– sostiene que, así como la época medieval estuvo caracterizada por una experiencia de la espacialidad centrada en la localización –jerárquica y opuesta– de lugares sagrados y profanos, ya divinos y terrestres, ya urbanos y rurales, lugares abiertos y cerrados; y así como la modernidad puso la mira en la consideración del espacio como extensión y movimiento, espacio abierto e infinito a partir de Galileo (reemplazó así, la localización medieval), en la época actual –sostiene Foucault– la experiencia espacial está caracterizada por lo que denomina *emplazamiento*, por ese punto de encuentro entre lo lejano y lo cercano; por lo disperso. En esta época, el mundo se experimenta –según el autor– como una gran red, un entretejido que conecta varios elementos que se yuxtaponen, se oponen y hasta se implican; y al hacerlo configura una red de relaciones de la que resultan diversidad de mundos habitables, y en este sentido, diversidad de experiencias espaciales, sociales.

Estas nuevas experiencias, que inician su marcha en el siglo XX, se diferencian de las experiencias de la espacialidad del período medieval y moderno –aunque no desaparecen porque seguimos pensando y actuando en la práctica en términos de oposiciones– se diferencian, dice el autor, en la idea de *emplazamiento*, esto es, en el entretejido de una especie de red en donde lo lejano y lo cercano no están ubicados en lugares determinados, o mejor, están des-ubicados en los términos de Martín Barbero. En otras palabras, el espacio como *emplazamiento* es el espacio entendido como “relaciones de vecindad” entre varios puntos, cuyos nodos interconectados dan por resultado una red de relaciones.

No obstante la diversidad de red de relaciones que acontecen en el seno de los emplazamientos, éstos no carecen de problemas. En el ámbito de la técnica moderna, los problemas de emplazamientos están relacionados con, por ejemplo, el tipo de información que se almacena, circula y se clasifica en la memoria de una máquina. En el ámbito de los seres humanos, los problemas de emplazamientos se refieren a las clasificaciones, circulaciones y ubicaciones de las relaciones de vecindad entre los diversos elementos (humanos) en el espacio, para lograr determinado fin. Es decir, existen diversas formas de relaciones de emplazamientos. Al respecto, dice Foucault “Estamos en un momento en que el mundo se experimenta, me parece, menos como una gran vida que se desarrollaría por el tiempo que como una red que une puntos y entrecruza su madeja” (1999: 15).

No obstante estos análisis, Foucault está interesado en el espacio donde vivimos cotidianamente, el espacio caracterizado por las relaciones de emplazamientos,

* La publicación de dicho artículo fue autorizado por M. Foucault en 1984.

el *espacio practicado* de De Certeau (1980). Dice el autor “No vivimos en el interior de una especie de vacío tal que en él se ubiquen individuos y cosas” (1999: 18). Se trata de un espacio heterogéneo pues, como ya mencionamos, vivimos en medio de un conjunto de relaciones que definen emplazamientos diversos e irreductibles. Para describir el emplazamiento sólo basta con describir el conjunto de relaciones que lo caracteriza. En este sentido, hay emplazamientos de paso como las calles o los trenes, y emplazamientos de parada provisional como los bares, los cines. Todos estos emplazamientos se definen por su red de relaciones; y aquí Foucault hace un subrayado especial que indica que entre estos emplazamientos hay algunos que tienen la propiedad de relacionarse con todos los demás, con la característica de que suspenden o neutralizan la red de relaciones designadas (en su particularidad). Y esto es lo que más interesa a Foucault, lo que configura también el punto de encuentro con nuestra tesis de trabajo.

Se trata de dos tipos de emplazamientos, de espacios, los cuales se vinculan con todos los demás, “aún cuando contradicen todos los demás emplazamientos” (1999: 18). Uno de esos tipos son las *utopías* (del gr. *oú*, no, y *tópos*, lugar: lugar que no existe. El término *Utopía* fue acuñado por Tomás Moro en el siglo XVI y le otorgó un sentido de sociedad perfecta o ideal), emplazamientos sin lugar real. Las utopías son lugares sin lugar y por ello son lugares esencialmente irreales. Son espacios que mantienen con el espacio real de la sociedad una relación de semejanza *directa o invertida* (1999: 19).

Pero también existen emplazamientos reales; lugares que, estando fuera de todos los lugares, son perfectamente localizables. Se trata de otro tipo de emplazamiento que, por oposición a la utopía, Foucault denomina *heterotopía* (del gr. *hetero*: otro, igual, diferente) y que explica con el siguiente juego de palabras. La heterotopía, dice, son esos *lugares-otros* (que los demás emplazamientos), un contra-emplazamiento, esto es una especie de utopía efectivamente realizada donde los emplazamientos reales están representados, reflejados e invertidos. En otras palabras, la heterotopía son esos diversos lugares-otros donde me localizo [Localización no implica (necesariamente) presencia física], desde donde no estoy, y desde donde es posible cuestionar el lugar donde estoy, ya que me dice dónde no estoy.

En este punto, Foucault encuentra que entre los emplazamientos utópicos y heterotópicos puede haber una medianera, una experiencia mixta del espacio considerado como lugar irreal y real a la vez (el *entre* de Serres; el *espacio de en medio* de Martín Barbero), que elucida mediante la experiencia del espejo.

Por un lado, el espejo es una utopía porque es un emplazamiento sin lugar real. Es decir, en el espejo me veo en un espacio que es irreal; me veo estando donde no estoy. En el espejo emerge mi visibilidad precisamente donde estoy ausente. En este sentido, el espejo, en cuanto emplazamiento utópico, “es un espacio irreal

que se abre virtualmente detrás de la superficie; estoy allá donde no estoy; una especie de sombra que me da a mí mismo mi propia visibilidad, que me permite mirarme allá donde estoy ausente” (Foucault, 1999: 19).

Por otro lado, el espejo existe realmente, y a partir de la devolución que hace de mí mismo, me descubro ausente en el lugar donde estoy. Permite visibilizarme en un espacio que existe fuera de mí. Me devuelve hacia mí y en este sentido permite reconstituirme donde estoy; devuelve mi presencia. Por ello, el espejo es también heterotopía.* En palabras de Foucault:

A partir de esta mirada que de alguna manera se dirige hacia mí, desde el fondo de ese espacio virtual que está al otro lado del cristal, retorno hacia mí y vuelvo a dirigir mis ojos hacia mí-mismo y a reconstituirme donde estoy; el espejo funciona como una heterotopía en el sentido de que vuelve este lugar que ocupo en el momento en que me miro en el cristal absolutamente real, vinculado con todo el espacio que lo rodea, y a su vez absolutamente irreal ya que está obligado, para ser percibido, a pasar por aquel punto virtual que está allá (1999: 19).

Es aquí donde vislumbramos un punto de encuentro con la noción de ciberespacio. Nos atrevemos a pensar el “lugar” del ciberespacio como heterotopía; esto es, como *espacios-otros*, espacios diferentes y yuxtapuestos en el que los individuos, en su interconexión y en la sobreposición de tramas de diferentes culturas, crean otras realidades y generan nuevas relaciones.

5. EL CIBERESPACIO COMO *ESPACIOS-OTROS*

El ciberespacio puede ser pensado como un emplazamiento con características utópicas y heterotópicas. Por un lado, podemos considerarlo como una utopía en cuanto es un lugar sin lugar (topográfico) y, en este sentido, es “ningún lugar”. Es un emplazamiento donde estoy sin estar; estoy presente donde estoy ausente. Un lugar sin existencia física pero donde, sin embargo, estoy, pues me comunico, me “encuentro” con el otro en “ninguna parte”; y por otro lado, el ciberespacio es una heterotopía en cuanto es un lugar real donde puedo estar en cualquier lugar, sin estar (físicamente presente). Incluso es posible estar en varios lugares al mismo tiempo; en este sentido, se trata de des-ubicación geográfica. Como espacio de flujos, el ciberespacio es una nueva forma de espacio, un nuevo emplazamiento sin ubicación geográfica pero que no implica des-localización pues establece conexiones entre lugares a través de redes informáticas (Castells, 2001).

* Vale aclarar que Foucault hace referencia en su artículo a la “heterotopología”, es decir el estudio de los diversos principios o rasgos de las heterotopías de cualquier cultura como son: heterotopías de crisis, de desviación, de funcionamiento, de apertura y de cerramiento, de ilusión, de compensación. En el presente trabajo se profundizó en el aspecto ontológico de la noción de heterotopía y su relación con el ciberespacio.

Considerándolo desde nuestra perspectiva, el ciberespacio son esos lugares-otros constituidos por redes que al unir los diferentes nodos genera, a su vez, diversidad de espacios-otros. En sintonía con ello, el ciberespacio no es un emplazamiento único; son muchos lugares en el mismo lugar. Y no hay contradicción. Como espacio-otro foucaultiano, el ciberespacio tiene el poder de yuxtaponer en un solo lugar varios emplazamientos de manera simultánea, lo que el pensador francés llama *heterocronías* en el sentido de ruptura absoluta con el tiempo tradicional y, por consiguiente, implica la idea de acumular en un solo lugar todos los tiempos; implica perennidad. Pero también *heterocronía* se relaciona con la fugacidad del tiempo, la instantaneidad, lo transitorio; y en concomitancia, fugacidad y eternidad, se reúnen en el espacio virtual. De manera que los adverbios de lugar como “aquí” y “allí” quedan inválidos y pierden importancia cuando la simultaneidad del ciberespacio nos permite ver y oír al Otro que está lejos.

CONCLUSIÓN

Entonces, ¿Dónde estamos cuando navegamos en el ciberespacio? No en el *no lugar* en el sentido de Augé, porque no es posible ubicarnos en el espacio virtual al recurrir a características topográficas, y porque el *no lugar* sigue siendo un espacio donde, junto con el espacio del *lugar* co-existe en nuestras sociedades occidentales, ofrece una experiencia del espacio focalizada y determinada por la territorialidad. Ésta sigue siendo esencialmente determinante para la localización. Por esta razón, el *no lugar* no es el “lugar” del espacio virtual que estamos buscando.

Tampoco lo es la noción de *espacio de en medio* de Martín Barbero, por la misma razón; es decir, aunque implique des-ubicación –lo que nos acerca a la idea de des-localizar el espacio virtual–, sin embargo el *espacio de en medio* acontece en un lugar (nuevo) y necesita de la territorialidad para efectivizar las nuevas experiencias espaciales. Una vez más la territorialidad, y la geografía continúan siendo necesarias para des-ubicar.

Cuando navegamos en el ciberespacio estamos en un nuevo entorno espacial que nos brinda la posibilidad de contactarnos con muchos aun solos, de manera que podemos estar en todos los lugares y no sólo en el de nuestra presencia física. En este sentido, estamos *des-ubicados* lo que de ninguna manera quiere decir perdidos o desorientados.

Si de ubicar o de localizar se trata, esto dependerá de los contenidos, de los usuarios, del idioma que se utilice en la interacción, pero no de los referentes geográficos. Así, la ubicación del ciberespacio puede estar en esa suerte de medianera foucaultiana caracterizada como *utopía*, esto es, en un lugar inmaterial, intangible, y en este sentido irreal, donde estoy sin estar (físicamente,

materialmente); pero también es *heterotopía*, un lugar real donde me localizo donde no estoy (físicamente, materialmente); un espacio virtual que existe pero no se ubica, de modo que está caracterizado por la des-ubicación. Un lugar sin territorios capaz de articular la diversidad. Aunque físicamente des-ubicado, conceptualmente es espacio-otro, no alternativo sino posibilidad de hacer. En este sentido, el ciberespacio es la *heterotopía* por excelencia. Espacios-otros que demarcan, a su vez, un espacio real. Espacios virtuales pero no por ello, irreales Φ

REFERENCIAS

Aronowitz Stanley et. al. (1998). *Tecnociencia y cibercultura. La interrelación entre cultura, tecnología y ciencia*, Barcelona: Paidós.

Augé, Marc (2005). *Los no lugares. Espacios de anonimato*, Barcelona: Gedisa.

Bermúdez, Emilia y Martínez, Bilardo (2001) "Los estudios culturales en la era del ciberespacio". En: *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales*. N°26, Mexico, UNAM, pp. 11-31.

Castells, Manuel (2001). *La galaxia Internet. Reflexiones sobre Internet, empresa y sociedad*, Barcelona: Plaza & Janes.

Castro, Luis (1997). *La risa del espacio. El imaginario espacio-temporal en la cultura*, Madrid: Tecnos.

Certeau, Michel de (1980). *La invención de lo cotidiano*, México: Universidad Iberoamericana.

Dancy Jonathan (1993). *Introducción a la epistemología contemporánea*, Madrid: Tecnos.

Descartes, René (1980). *Discurso del método. Meditaciones metafísicas*, Madrid: Espasa-Calpe.

Foucault, Michel (1999), "Espacios Otros". En: *Versión. Estudios de Comunicación y Política*. 9, México, Universidad Autónoma Metropolitana, pp. 15-26.

Martín Barbero, Jesús (2006). "Pensar juntos espacios y territorios", En: D. Herrera Gómez y C. Piazzini (eds.), *(Des) territorialidades y (No) lugares: Procesos de configuración y transformación social del espacio*, Medellín: La Carreta.

Moraes Mena, Natalia (2005). "Internet y ciberespacio en el estudio de comunidades diaspóricas: análisis de una experiencia". En: <http://www.cibersociedad.net/archivo/articulo.php?art=208> (visitado en octubre de 2009).

Olivé, León (2000). *El bien, el mal y la razón. Facetas de la ciencia y la tecnología*, México: Paidós.

Quintanilla, Miguel (2002). "Tecnología y cultura", En: *Cultura tecnológica: estudios de ciencia, tecnología, sociedad*, Barcelona: Horsori.

Serres, Michel (1995). *Atlas*, Madrid: Cátedra.

Winner, Langdon (1989), "Viviendo en el espacio electrónico" En: *Anthropos. Revista de documentación científica de la cultura*. N° 94-95, Barcelona, Editorial Anthropos, pp.74-81.